

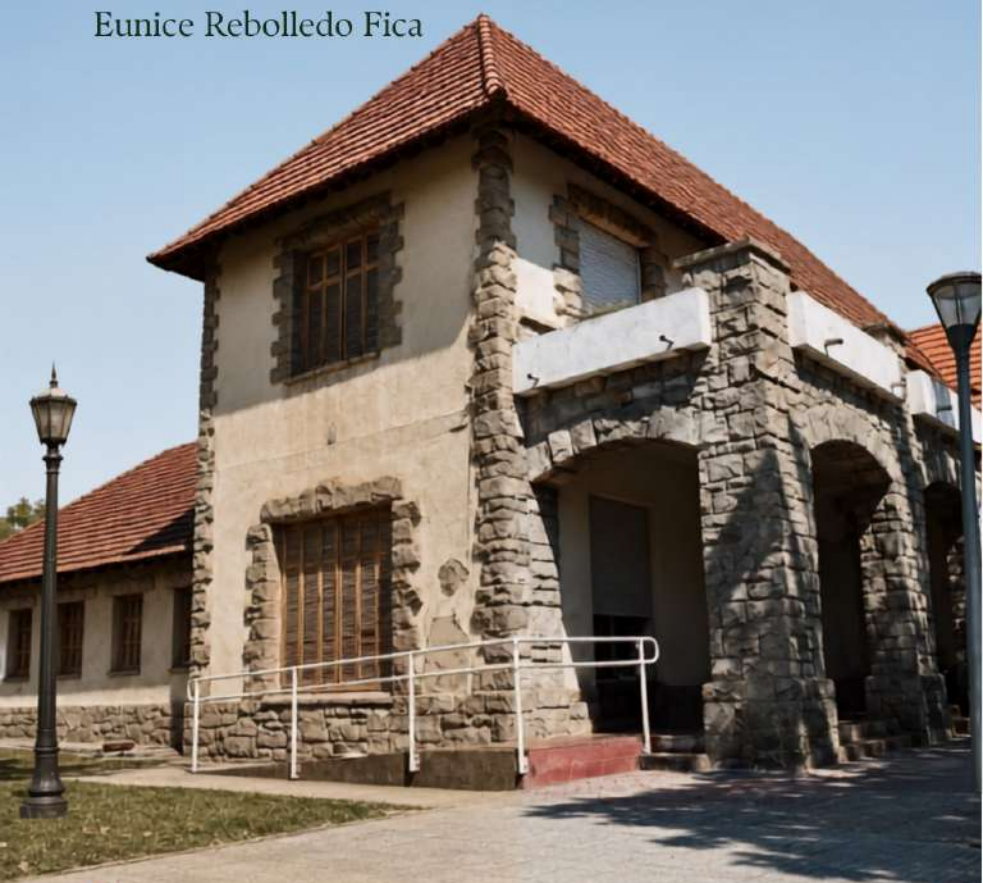
Narrativas de la memoria: puentes entre generaciones en la Escuela de Ciencias de la Educación

Editoras

Guadalupe Molina

Alicia Acín

Eunice Rebolledo Fica



Escuela de

**Ciencias de
la Educación**

80ffyh
AÑO 1
Facultad de Humanidades y Ciencias



unc

Narrativas de la memoria: puentes entre generaciones en la Escuela de Ciencias de la Educación

EDITORAS

Guadalupe Molina

Alicia Acin y

Eunice Rebolledo Fica

FFyH-UNC


Escuela de
**Ciencias de la
Educación**

Narrativas de la memoria: puentes entre generaciones en la Escuela de Ciencias de la Educación/Lucía Beltramino ... [et al.]; Editado por Guadalupe Molina; Alicia Acin y Eunice Rebolledo Fica. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y

Humanidades, 2026. Libro digital, PDF, Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-950-33-1939-0

1. Educación. 2. Pedagogía. 3. Memorias. I. Beltramino, Lucía II. Molina, Guadalupe, ed. III. Acin, Alicia, ed. IV. Rebolledo Fica, Eunice, ed. CDD 370



Jefe Área Publicaciones: Jeremías Corazza

Comunicación institucional: Paloma Braverman

Diseño y arte de portada: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interior: María Bella y Luis Sánchez Zárate

2026



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

Narrativas de la memoria: puentes entre generaciones en la Escuela de Ciencias de la Educación

••
Área de
Publicaciones

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades | UNIC



unc



Autoridades de la FFyH - UNC

DECANA

Dra. Alejandra María CASTRO

VICEDECANA

Dra. Andrea Alejandra BOCCO

ÁREA DE PUBLICACIONES

Coordinador: Bib. Juan Pablo GOROSTIAGA

ESCUELA DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Directora: Dra. Lucía Beltramino

Vicedirectora Mgtr. Flavia Romero





ESTUDIANTES DE AYER Y DE HOY

Moderación a cargo de Agustín Minatti y Valentín Mansilla.

Participan:

*Carlos Hurtado, Liliana Abrate, Eduardo Sota,
Silvia Álvarez, Patricia Mercado, María del Carmen Lorenzatti
y María Dolores Urizar*

Agustín Minatti: Les doy la bienvenida a esta actividad de encuentro y memoria colectiva. Con Valentín vamos a officiar de moderadores, por lo que iremos marcando tiempos y ordenando el diálogo.

Al preparar esta actividad, nos preguntábamos qué prácticas, qué resistencias, qué solidaridades se fueron construyendo en momentos de dictadura, previos al 83 y en el regreso a la democracia. Qué quedó como parte de nuestras prácticas institucionales, de nuestras prácticas militantes, como parte también de eso que aprendemos cuando venimos a la Facultad. Nos interesaba entonces escuchar a estos colegas, estudiantes en ese momento.

La idea es que haya algunas presentaciones para después dejar habilitada la posibilidad de la palabra. En ese sentido, hemos pensando en un tiempo de 10-12 minutos para que cada uno comparta su experiencia, así luego habilitamos la posibilidad de conversar, sin que el horario y el apremio por irnos nos robe ese último momento tan rico, donde uno pone en tensión lo que ha escuchado con lo que piensa, sin que se nos diluya.

Carlos Hurtado: Cuando intentábamos ordenar nuestras participaciones, recordé una anécdota de hace muchos años que involucró a María Saleme de Burnichon. Estábamos en un Congreso Internacional (aquí en Córdoba) y uno de los expositores preguntó “¿quién va a empezar?” y ella, desde la otra punta de la mesa, dijo “empieza Carlos” y le pregunté “¿por qué yo?”, “porque sos el más canoso”. Su criterio fue débil pero fuerte su sentido del humor. Si

bien ella era más canosa, era María... y (entre risas) comencé a hablar. Hoy ocurrió algo parecido cuando el resto del panel dijo que yo comenzara y, como mi mirada sobre aquellas épocas podría bañear a alguien, haré el esfuerzo para que no sea así.

Quiero recordar que hoy se cumplen 16 años del asesinato de Carlos Fuentealba¹ y que en el país se pide justicia a los responsables políticos de aquella muerte.

A algunos de nosotros nos tocó sufrir en carne propia, en algún momento, una bomba de gas: el 22 de agosto del 72. Sucedió la Masacre de Trelew cuando yo no estaba en Ciencias de la Educación porque había ingresado a medicina y, aunque no teníamos que ver con Arquitectura (allí se realizaba la asamblea de repudio), participamos en la toma de la Facultad. Esa noche entró la policía por primera vez y con caballos, quedando registrado en la historia aquel encarcelamiento de 700 estudiantes. El auditorio estaba lleno y con un par de compañeros escapamos por los techos. Al venir la noche, ya no se sentían más ruidos y pensamos que se habían ido y entonces apareció un muchacho en la terraza y le pregunté (a la distancia) si ya se había ido la policía y me contestó que sí. Entonces, empecé a caminar y desde la Facultad de Arquitectura me tiraron pero a los 20 años uno tiene otros reflejos, otra musculatura y los huesos más duros. A Carlos Fuentealba le pegaron en la nuca y no tuvo ninguna posibilidad de defenderse, yo logré girar un poco y me quebraron una costilla, nada más que eso. A esta gente, le gusta jugar con tales cosas y ya llevan muchos muertos.

Es bueno que desde la Escuela de Ciencias de la Educación se sostenga la memoria, porque es la única manera de que esto no vuelva a ocurrir, aunque estamos al borde de que retornen algunas cosas y creo que esto ayuda a empujar en otra dirección, en otro sentido.

Primero debo decir que estoy muy a gusto en el pabellón República Bolivariana de Venezuela, es fantástico y que el aula sea Hugo Chávez, es genial; es el ámbito apropiado para hablar de estas cosas.

¹ Carlos Fuentealba tenía 40 años y había nacido en Junín de los Andes, era docente y lo asesinó un policía en Neuquén en 2007 al hacerle estallar una granada de gas en la cabeza por reclamar una vida digna.

Yo pasé un momento muy duro y creo que todos los compañeros y compañeras pasamos momentos difíciles, muy difíciles. Comenzamos en el 75, armamos cuerpos de delegados y empezamos temprano a hacer algún lío. Hicimos un cuatrimestre nomás, algunas materias y vino el golpe de estado, cerraron la universidad y a partir de ahí todo se complicó. Logramos formar un grupo, nos conocimos, trabajamos y estudiamos mucho, nos hicimos fuertes en circunstancias difíciles, adversas y atroces. Esto de ir a clases y que los propios profesores te provocaran diciendo “*a ver ¿qué opina el economista, qué tiene para decir?*”, ¿no? era una manera de provocarnos y de decirnos que sabían quiénes éramos y qué pensábamos.

Nos quedamos sin contenido, en Historia de la educación los debates eran místicos y teológicos, al punto tal que una vez un compañero se levantó con una biblia en la mano, la puso sobre el escritorio y le dijo a la profesora “fundamente” y la profesora se ve que no tenía fundamentos pero era muy creyente y quería que todos nosotros lo fuéramos. Esa imposición nos hizo sufrir mucho.

Luego ese impasse en medio del golpe de estado y volver y encontrarnos con un milico en la puerta que chequeaba la foto del documento y nos decía “no está igual”. Y no, ya hacía cuatro años que estaba en Córdoba y no era el mismo, andaba con barba y debía afeitarme, después del timbre ya no podías entrar al aula. Era como el secundario, habían sacado todos los bancos de los pasillos y no teníamos donde sentarnos para conversar y, lo peor, fue que los contenidos que nos daban no tenían que ver con la realidad, hablaban de otras cosas.

Habían echado a muchos profesores, algunos gauchitos (docentes) nos tiraban ciertas líneas y alguna vez nos juntamos en grupos pequeños para hablar de otras cosas. Aquella universidad, no era deseable. El cuerpo de alumnos sí lo era y creo que ahora nos hacen falta, hoy casi no se ven pancartas de centros estudiantiles en las manifestaciones; nosotros no faltábamos nunca y decíamos que a la revolución la harían los trabajadores y los estudiantes, porque ambos éramos un componente clave en el proceso revolucionario. Ahora bien, de eso no podíamos hablar porque se jugaba la vida y así, perdimos a una compañera de nuestro grupo

con la que estudiábamos. No sé si Cecilia llegaba a veinte años, no, no llegaba, ni tampoco su hermana melliza, 18 años, y otra compañera. Desaparecieron las tres y nunca más. Alguna vez, el casero de La Perla, declaró haber visto que arrojaban unos bultos de un helicóptero y que cuando fue a mirar “eran dos chicas muy bonitas, jovencitas y me fui” y no se supo que pasó, nunca se confirmó, es probable que fueran las mellizas.

Digo que no tuvimos contenidos, que mintieron, nos desinformaron: en el 76 se marcaron los libros de Paulo Freire, afirmándose que era comunista mientras que otros decían que era un reaccionario e idealista; esos dos Freire hubo en aquella historia y, por eso, debió salir a defenderse.

Mientras, se prendía fuego a los libros del Manuel Belgrano que dependía y depende de la Universidad y no se hablaba de esas cosas como tampoco de los doce estudiantes desaparecidos de esa Escuela². Todo eso pasaba mientras estudiábamos.

Pero no solamente ocurría eso, también allanaban nuestras casas, no teníamos acceso a ciertos libros en la universidad porque los sacaban al pensar que eran comunistas. Además, debíamos quemar nuestras bibliotecas y los discos, no fuera cosa que encontraran uno de Los Olimareños, porque te jugabas la vida en esto.

Entonces, el vivir así no puede tener gratos recuerdos, salvo por los compañeros que uno tiene, con diferencias, porque no hay ninguna generación que sea homogénea. Hasta el día de hoy, algunos compañeros miran para un lado y otros no. Lo que digo es que no solamente fuimos las víctimas, tenemos mucho para conversar con los integrantes de nuestra generación y con ustedes. Una de las víctimas principales fue Paulo Freire, al menos el más notorio y uno de los más perseguidos: realizó su experiencia inicial en el nordeste de Brasil en 1963 y después lo llamaron para coordinar el programa nacional de alfabetización y se produjo el golpe de estado. Primero lo encarcelaron, después se asiló en la Embajada de Bolivia y en el mismo 1964 se exilia en La Paz y a los 15 días, otro

2 Se hace referencia a la quema de libros del 19 de abril de 1976 siendo Interventor el teniente primero Manuel Carmelo Barceló y a la posterior desaparición de doce estudiantes, alumnos expulsados y docentes cesanteados.

golpe de estado lo obliga a huir a Chile. Allí, Freire, al que decían idealista, se conectó con el marxismo y aportó un nuevo rostro que daría mucho que hablar.

Una de las cosas que jamás dijeron en los años que estuvimos aquí, es que hubo un proyecto llamado Cóndor que articuló a los militares de la región bajo la conducción de EEUU. Mientras nosotros asistíamos a Pedagogía en el único cuatrimestre que tuvimos, en 1975, en Chile se reunían los representantes de las fuerzas armadas y hacían público su combate al comunismo. Mientras eso ocurría, el Comando Libertadores de América (que venía de dinamitar a la familia Pujadas) mataba a nuestros chicos, llamándolos “bolivianos” (cuando eran seis bolivianos, un peruano y tres argentinos, uno de ellos de nuestro pueblo) y, a los 15 días, llevaron a cabo la operación “Moncholo” desapareciendo a 40 supuestos montoneros.

Liliana Abrate: En primer lugar, quisiera agradecerles por permitirme participar en este encuentro porque este año en particular, donde conmemoramos los 40 años de democracia, es una oportunidad para conformar una militancia que podemos sostener entre todos, colectivamente por la defensa de la participación democrática. Es fundamental en todas las instituciones educativas trabajar en esta dirección y contribuir a la formación ciudadana. Así que, gracias por permitirnos compartir esta experiencia tan compleja, que fue la de haber transitado como estudiantes aquella época de la dictadura cívico militar.

Pensaba partir de uno de los ejes que nos propusieron los coordinadores, enunciado como: “*El registro estudiantil de la formación en ese contexto*”. Por supuesto que con ese nombre me hicieron recordar todo lo que fue llegar a Córdoba en el año 1975. Recuerdo haber conocido a Alicia Acin, cuando nos encontramos en una cola para inscribirnos y empezamos a conversar. Viniendo del interior, sabía muy poco sobre la política en general y menos aún de la política universitaria. Siempre digo que no sabía que existía un señor que se llamaba Carlos Marx, porque no había tenido formación política. Venía enamorada de la carrera, de la universidad, de la facultad, por una profesora que había tenido en el secundario. Ella,

a quien siempre recuerdo con mucho cariño, como Licenciada en Ciencias de la Educación en esos años del secundario, me cautivó. Entre quedarme en el pueblo a estudiar de maestra y tener la posibilidad de venir a Córdoba a estudiar esta carrera tan novedosa, me vine a Córdoba, por supuesto después de haber convencido a mis padres, quienes no entendían qué iba a estudiar.

De esa manera llegué a Córdoba. Además de perderme con los ómnibus y la Ciudad Universitaria, enfrentando muchos avatares, descubrí que en esta Facultad del 75 ya no estaban esos profesores de los que tanto me había hablado mi profesora, incluso había leído algunos de sus textos. Así que fue un año tremendo porque, por un lado, debí superar la desilusión de no encontrarme con lo que creía que sería la Facultad de Filosofía y Humanidades, y por otro, la gran dificultad de no entender nada. Realizaba un gran esfuerzo por tratar de entender lo que se discutía, que advertía como muy importante, pero me resultaba tan complejo.

Mi falta de formación política para entender lo que estaba sucediendo no impedía mi empeño por estar presente, no me perdía nada, estaba siempre, en todo momento. Por eso, recién cuando escuchaba a Carlos Hurtado, pensaba que en realidad lo que vivimos esos años fue la experiencia estudiantil de un grupo reducido de chicas y chicos que nos amuchábamos y, no sé cómo, pero superamos todos los obstáculos para poder seguir estudiando y abrazar esta carrera que tanto nos había encantado. De alguna manera teníamos que sobrevivir, convencidos que nuestro camino era estudiar y llegar al sueño del título: ser un profesional de la educación.

Creo que, sin darnos cuenta, sin ser plenamente conscientes de ese momento generamos estrategias de sobrevivencia, de protección mutua, de mucha ayuda solidaria. Insisto en esto, al menos de mi parte, no teníamos un conocimiento real de lo que se estaba viviendo. Yo personalmente no comprendía demasiado. Mis compañeros y compañeras que tenían más formación política nos explicaban lo que se podía, en voz baja y yo los escuchaba con mucha atención. Pero realmente había mucha ignorancia política de mi parte y de algunas otras compañeras con quienes compartíamos estas vivencias y no nos animábamos a preguntar demasiado.

Pensando en la experiencia formativa, debo reconocer que pudimos desplegar un doble proceso de estudio, diría que anormal y tampoco recomendable. Hacíamos un estudio reproductivo memorístico, tomábamos nota textual de lo que decían los profesores en clase. Había una profesora muy católica que nos exigía repetir memorísticamente su exposición. Registrábamos su clase, estudiábamos de memoria y reproducíamos lo que ella decía para aprobar el examen. De todo ese contenido no me acuerdo de nada absolutamente porque realmente poníamos toda la información en la memoria de corto plazo.

Y al mismo tiempo, de manera clandestina, nos juntábamos a leer P. Freire, L. Althusser, P. Berger y T. Luckman, entre otros. Buscábamos los textos que sabíamos que estaban prohibidos. Es así que nos formamos bajo una idea de incompletud, de que nos habían cercenado el derecho de acceder al conocimiento que en ese momento efectivamente era válido para la formación de un profesional en Ciencias de la Educación. Éramos conscientes de ello, por eso Carlos Hurtado decía: “no teníamos contenido”. La ausencia de los contenidos valiosos era la característica principal. Y efectivamente estábamos estudiando algo que no era lo que merecíamos estudiar porque había un mundo académico que estaba cercenado bajo este concepto de anti-derechos y nos impidieron acceder a esos conocimientos. Nosotros, de manera clandestina, de alguna forma, nos arreglábamos para leerlos. J. Piaget también estaba prohibido pero advertíamos que debíamos conocerlo. Entonces, lo estudiábamos en silencio, nos costaba mucho entenderlo sin ninguna mediación, pero nos reuníamos y hablábamos de sus textos. Era otro proceso de estudio que hacíamos en paralelo, escindido, pero al mismo tiempo sabiendo que eso era lo valioso, lo que debíamos estudiar.

Personalmente, debo reconocer que me quedó una sensación de incompletud permanente; creo que fue una huella imborrable de toda vida profesional. Siempre sentí que no sabía lo suficiente y me pasé la vida estudiando, porque siempre sentí que mi formación era incompleta. Había sido incompleta, esa incompletitud fue obligada e impuesta deliberadamente. No me permitieron y no me garantizaron el derecho de acceder a los conocimientos legítimos

del campo científico. Entonces, esa formación incompleta trazó huellas imborrables porque, con muchas compañeras y compañeros, compartimos meses y años estudiando, haciendo todos los posgrados posibles, todos los cursos. Cuando vino la democracia empezamos a tener acceso a congresos (nunca habíamos visto un congreso de educación, un encuentro académico) y acceder a la posibilidad de recibir a maestras y profesores que volvieron del exilio para escuchar sus clases. Volví a la Facultad como alumna vocacional en esas materias que ya habíamos cursado, pero que sabíamos que no servían; entonces, las hacíamos con las nuevas profesoras que habían sido reincorporadas.

Por todo eso, pienso que esa fue una huella permanente, que tiene que ver de alguna manera con lo que decía Carlos. Cómo, ante la adversidad, nos fortalecimos para afrontar todo aquello que no teníamos cómo conseguirlo, ni desarrollarlo; lo hicimos en la clandestinidad y en solidaridad entre los que estuvimos ahí, sobreviviendo. Recuerdo cuando empezamos a trabajar en encuentros con los docentes compartiendo los libros nuevos que empezaron a llegar. Yo creo que esos mismos procesos de lectura clandestina fueron los principales legados, porque tenían un valor impresionante.

Una anécdota cortita: recuerdo que habíamos conseguido (el Centro de Estudiantes estaba en el subsuelo del Francia, en alguna parte oscura del Pabellón Francia) un apunte mimeografiado de Berger y Luckmann. La lectura era muy difícil porque la letra estaba borroneada y nosotros lo leíamos, haciendo mucho esfuerzo por entenderlo, nos costó mucho. Cuando vi el libro en una librería, me emocioné, no lo podía creer. Creo que me compré dos o tres ejemplares, porque cada vez que lo veo me dan ganas de comprarlo. ¡Qué ganas de tener uno de esos libros prohibidos! Creo que ese fue un legado muy valioso y no esperado por la misma dictadura: las lecturas clandestinas, sabiendo que eso era lo verdaderamente importante a estudiar.

Después de que nos recibimos y volvimos a la Facultad, ya en época democrática, creo que tuvimos que hacer una reconstrucción de cómo habitar estos espacios. Me costó mucho entrar a la Casa Verde. En aquellos años era una pequeña casita rodeada

de árboles, donde había un señor que decían que había sido un delator. Por aquel tiempo, ese era un bosque por el que teníamos que pasar lejos, sin ser vistos. Caminábamos y caminábamos por la Ciudad Universitaria con sentimientos muy contradictorios: la felicidad de estar acá y, al mismo tiempo, buscar estrategias para que no nos detuvieran, salir corriendo por los campos hasta llegar a la Plaza España. En fin, era la felicidad de estar en este lugar y, al mismo tiempo, el riesgo de vida que por supuesto nuestras familias desconocían. Yo personalmente no decía una palabra, porque me iban a regresar al pueblo.

Era una forma muy contradictoria de habitar los espacios, cargada de todos estos sentimientos que, cuando volvió la democracia, tuvimos que reconstruir. Debimos hacer un esfuerzo por volver a habitar y recuperar el optimismo que estaba tan cercenado en esos años de la dictadura y volver a enamorarnos, no perder la convicción de que la carrera que habíamos elegido, la profesión, esta Facultad y esta la Universidad Nacional de Córdoba era y sigue siendo nuestro lugar en el mundo.

Muchas gracias.

Eduardo Sota: Agradezco la convocatoria de la Escuela de Ciencias de la Educación y del Programa de Derechos Humanos de la FFyH. Me gustaría citar el nombre de mucha gente, de compañeros, de docentes. Por ejemplo, Silvia Ávila es una compañera en la que me siento muy representado por toda su historia y que continúa.

Voy a retomar el título que hoy nos convoca que es “ser estudiante en el período de la represión”. Me gustaría repensarlo para dar a entender cuál sería la intención en esta instancia. Represión como el lado oscuro y negativo del poder, o sea, como aquello que fue prohibido, lo que impidió la voluntad de desarrollarse tanto colectivamente como afectivamente. La dictadura fue eso, el lado oscuro, represivo del poder. Pero también hay una faceta que para mí es mucho más fértil que es pensarlo en el sentido foucaultiano, es decir, en el sentido positivo y productivo del poder. Porque lo que hacía la dictadura no era una mera represión, si no la creación de una sociedad distinta, que suponía la abolición del Estado de Bienestar inaugurado en la década del 40, y que en el 75 estaba

como agonizando, hasta sustituirlo por lo que fue el primer plan sistemático del neoliberalismo en Argentina, trágico, atroz. Y no solamente una nueva sociedad sino un nuevo individuo. Un individuo atomizado, desvinculado de las tramas sociales y colectivas, lo que hoy nuevamente está en disputa.

Por eso, es importante diferenciar estos dos planos: uno que supone la noción de historia reciente y también la historia actual. Se podría decir el 76, la restauración democrática hasta la actualidad. La historia actual parece un oxímoron, una expresión contradictoria. Bueno, vale como una cuestión teórica y práctica, porque es lo que da sentido a esta reunión intergeneracional. Hablar de ser estudiantes en el período de la represión, parecería como que somos unos viejitos que venimos a contar algo más o menos trágico que nos pasó, que en parte puede ser así. Podemos ser tomados como viejitos nostálgicos, pero el problema o desafío que tenemos es que, cambiando los escenarios, los contenidos, los conflictos son exactamente lo mismo. Eso quiero mostrar.

Entonces, debo detenerme sobre esa noción de la historia actual que es más fuerte, que supone una noción de memoria social en relación a los Derechos Humanos. La historia personal, nuestra juventud como estudiantes, está fuertemente constituida con algo colectivo y traumático. Tan fuerte que el resto de mi vida fue, no negativa, pero fue reelaborar en términos positivos eso que es traumático. Entonces, como docente, tenía claro qué tipo de docente no quería ser y a qué tipo de ciudadano y qué tipo de sociedad aspiro. Eso supone una reelaboración de esos hechos que no tiene fin. Hablar de ese pasado como algo ajeno que uno lo trae a través de la memoria, es no entender lo que somos. Nosotros en particular, pero ustedes de una manera mucho más indirecta y mediata, somos en función de cómo se ha constituido ese pasado tan crucial, que fue esa dictadura que tuvo consecuencias que hasta el día de hoy se expresan. Esa memoria social nos ayuda a tomar consciencia de dónde estamos, y la pregunta pedagógica y de razón práctica y que es política y moral es: ¿Qué debemos hacer? ¿Qué debemos hacer ante mecanismos que se repiten? Porque hay una contrahegemonía que tiene cada vez más ascenso, que es el neoliberalismo a nivel mundial y en Argentina en particular, y que

va acompañada con nuevas políticas de memoria. Entonces, entre las políticas de memoria hubo en competencia en este periodo democrático, por un lado, el abogado del demonio, la reivindicación de las fuerzas armadas, de reconciliación con la iglesia, y por el otro, la que fue formulada por los Derechos Humanos que señala que aquello fue terrorismo de estado y la contracara del Estado de Derecho. En este sentido el devenir de memoria yo sí lo reivindico porque la democracia, como la pedagogía, es contextual. La democracia latinoamericana y del Cono Sur tiene particularidades que la van a sellar por décadas, que es el deber de memoria, no como la reproducción ritualística de algo del pasado sino como un criterio normativo. ¿Qué tipo de democracia tenemos? Porque hoy estamos ante un escenario fuertemente antidemocrático en Latinoamérica, en particular en Argentina. Están justamente imponiendo nuevas políticas de memoria, desplazando la política hegemónica que han dado los organismos de Derechos Humanos diciendo: “no, bueno, eran 15.000, no eran 30.000”, “el curro de los Derechos Humanos”, etc. Eso parece inocente pero eso es parte de una estrategia de disputa acerca de la hegemonía sobre las políticas de memoria. Es crucial entender éste como un espacio intergeneracional de problemas comunes. ¿Sí? O sea, la recuperación de la democracia tuvo un primer momento épico que fue el Juicio a las Juntas, que justamente pretendía darle la efectividad y la legalidad moral y política al Estado naciente. Es largo, yo de chico me crié en un hogar de clase media presuntamente democrático y el golpe de estado era algo natural y la concepción del peronismo, que era el movimiento popular mayoritario, estaba proscrito y era natural. Eso era la semidemocracia que tuvimos pero que justamente me pareció interesantísimo lo que acontece a partir del 83, que fue realmente un inicio refundador en la democracia con el Juicio a las Juntas como un elemento pivot. Rápidamente nuevos militares, golpistas, ley de impunidad, amnistía, deslegitimación de la democracia... porque había ciudadanos de primera, que eran los genocidas que pasaban al frente de tu casa, y los de segunda.

Eso felizmente en los primeros años de nuestro siglo empieza a ser revertido porque hay una derogación de las leyes de amnistía y de impunidad, y de persecución penal. Esto fue una gran lucha,

no solamente de un gobierno, aunque no desprecio las políticas públicas que definen las peleas y el nuevo rumbo que tendrá la historia, desestimar algo así me parece súper ingenuo; pero nunca desestimar que detrás de eso estuvo el Movimiento de Derechos Humanos, Las Madres de Plaza de Mayo, Abuelas de Plaza de Mayo y qué han sido la vanguardia de todo este movimiento. Eso está reducido en la película "1985", critico fuertemente la parcialidad que tiene, porque es muy hollywoodense y los hace quedar como superhéroes y omite, nada más y nada menos, el papel paradigmático y universal que tuvieron las Madres de Plaza de Mayo.

Creo que se habla mucho del lawfare, como de este complejo judicial mediático. Creo que es mucho más que eso, acá lo que se está buscando es el estado de excepción, es decir, la vigencia de la constitución en términos formales cada vez menos sustantivos y la inculcación de determinados principios constitucionales. Para poner simbólicamente: la prisión de Milagro Sala rompe todos los principios constitucionales básicos, la acusación de Cristina Fernández de Kirchner por asociación ilícita y después le asignan una condena por mala administración del Estado... entonces, increíble. Ello da cuenta de cierta indiferencia de la sociedad creada por los medios y una creación de sentido común hegemónico y la complicidad de la justicia que obviamente quiere condenar.

Entonces digo ¿Qué es lo común? Es el estado de excepción, la inculcación de algunos principios. Es decir: acá no vamos a reducir a las Fuerzas Armadas como en los golpes clásicos pero vamos a derogar, suspender principios constitucionales básicos ya sea para atacar a los dirigentes del movimiento popular o para generar una impunidad, a los que le han robado al país, a lo que han generado situaciones de escuchas ilegales.

Yo transité toda esa instancia, y se liga un poco esto con lo que he estado expresando, pero una cosa para responderle a Carlos: no es que nos negaban y que no supiéramos, acá era una cosa deliberada. Nosotros éramos como los últimos coletazos de una masa crítica estudiantil democrática, que adherimos a la democracia y teníamos por rechazo esto que estaba pasando.

Y después yo me metí en filosofía donde tenía nuevos alumnos generalmente de colegios confesionales y creo que me vine a la

Escuela de Filosofía que era teología, de mala calidad, como un capítulo de una ficción, pero una idea complaciente...Esa fue una instancia durísima.

Para cerrar, aún en las peores adversidades, como decía Carlos, hay voluntad, hay fuerza, hay memoria...entonces creíamos en esos valores. Y el día que nos recibimos, me acuerdo de Silvia que era una gran compañera política, nos reunimos en mi casa y de ahí nos íbamos al Colegio de Ciencias de la Educación, que fue una institución muy importante a la hora de discutir con un decano normalizador en la democracia, pero que era complaciente con todo lo que había dejado la dictadura, entre ellos, todos los directores nombrados por la dictadura.

Silvia Alvarez: He tenido en esta Universidad y en esta adorada Facultad dos instancias de vida, diferentes quizás a las que han tenido mis compañeros con los que me recibí. Vine de otra universidad, soy de San Juan y me gustaba la Pedagogía pero no había universidad que la dictara. Tenía una situación social muy humilde por lo tanto no podía pagarme la Católica que daba Psicopedagogía que era lo más cercano. Entonces me presenté a una beca y la gané.

Ahí empecé Psicopedagogía, pero no aguanté su discurso sobre la teología. Tampoco a los curas. Tenía que pararme al lado del banco para saludar al profesor que llegaba, estando ya en la universidad, tenía que soportar la mentira del sacerdote que pretendía inculcarnos la verdad y que cuando salíamos de los recreos largos se cruzaba en calzoncillo delante nuestro. Entonces, aunque tenía cuarto año ya casi aprobado decidí irme. Hice el trámite en Córdoba para Ciencias de la Educación y aquí vine, con 27 o 29 asignaturas aprobadas, y solo me reconocieron dos. Pero no sentí que perdí, al contrario, he ganado tanto al salir de aquel mundo tan pequeño y coercitivo. Así, mi participación en la Facultad fue diferente a los demás. Yo me encontré con algunos de ustedes en algunas asignaturas, otras las hice sola, estuve desde el 73, por lo tanto reembolso en mi memoria momentos intelectuales exquisitos.

En el marco de revitalizar la memoria, fortalecer la verdad y luchar por la justicia, yo vengo a esta convocatoria reivindicando

los propósitos y los sentidos que han tenido todos ustedes para realizar esta actividad.

Después de tantos años, casi 50, para que se den cuenta que yo vine con 23 años así que vayan sacando la cuenta, puedo decir que la universidad fue y es un espacio de vida, de sueños, de utopías realizables (algunas las concretamos), de caminos transitados con alegrías y con tristezas, con angustias, con desesperanza, pero también muy positivos para poder educar la mirada, para poder mirar al otro. Y así fue. Nos tocó, junto a muchos compañeros estudiantes y docentes, maravillarnos en los debates de concepciones de pensadores de la historia del siglo y de esa época. Yo tuve la oportunidad, no me pasó lo que te pasó a vos Liliana, y fue muy fuerte la diferencia con lo que viví después. Nos maravillaban los debates con defensas y críticas a pensadores emparentados con los triunfos del capitalismo. O sea, era un clima de intercambio horizontal en el sentido del conocimiento, horizontal en el sentido de la ideología, horizontal en el sentido de los paradigmas que sosteníamos y la sociedad de bienestar que vos hablabas: la caída del muro de Berlín, la mercantilización de la información y las características de las sociedades del consumo postindustriales a las que criticábamos. Eso fue todo un debate riquísimo que nos abrió la cabeza. A mí me permitió que mi pensamiento fluyera sin límites, sin saber dónde empezaba y dónde terminaba. Fueron exquisitos los intercambios en clave de debate sobre Gramsci, Derridá, Foucault, Bourdieu, Castoriadis, Freire, Vygotsky, Giddens, Levi Strauss, Lacan, Barthes, marxistas como Althusser (en esa época eran grandes discusiones que giraban sobre este pensador), Hegel, Marx, Adorno, Walter Benjamín y muchos otros que conformaban la escuela de Frankfurt o la teoría crítica. Estos análisis, los debates, acuerdos de pensamiento, diferencias, críticas, la teorización sobre la sociedad, la política, la moral, las fuerzas que oprimen al hombre y que lo liberan, nos permitieron abrir nuestras cabezas y mirar la realidad como otra distinta e identificar las fuerzas opresoras del pensamiento, como la razón del poder del capitalismo moderno. Eso nos permitió la entrada a este ángulo tan diferente del que vivimos después, esta tierra tan comprometida, diferente a

aquella otra, tan larga y tan laxa, tan mentirosa y tan falta de teoría y de ciencia, aunque la tenían de hecho.

Estas miradas, estas formas de movilizar el pensamiento, de no atarlo, de dejarlo fluir, constituyeron las bocanadas de oxígeno, de aire nuevo, de aire limpio, de acercarnos a leer e interpretar otra realidad presente en el contexto de esos años para comprendernos y para vernos en esa realidad, para mirarnos nosotros, nuestra participación, nuestra influencia, el lugar que ocupábamos en esa realidad. Estimuló nuestros pensamientos, nos hizo más fuertes con sólidas convicciones y con la necesidad de entretejer con otros, y aquí viene una cuestión que aprendí: entretejer con otros caminos que cincelen huellas, por donde escribir la historia de nuestras vidas. ¿Qué quiero decir con esto? Que aprendí en los años duros de esta pre-dictadura, que considero que viene mucho antes del 76', que fue positiva esta apertura y nos permitió salvar nuestras vidas, salvar la cabeza, cosa que muchos compañeros nuestros no pudieron hacer, aunque conservaron la vida; nosotros la mantuvimos intacta. Y yo creo que a mí me ayudó esta posibilidad de transitar este camino que me permitió ver una realidad distinta de la que me querían mostrar. Entonces, este recorrido liberador nos marcó, y es el lugar que ocupamos en la universidad y que aprendimos: la solidaridad, el compromiso, la fuerza, la idea compatible con lo justo y necesario socialmente. Ya no era lo que yo necesitaba o lo justo para mí. Así nos encontró, con esta formación, el poder siniestro de la dictadura cívico militar, eclesiástica y de la intervención en esa dictadura de la Triple AAA, la Alianza Anticomunista Argentina, que es la autora de muchas de las muertes, además de la dictadura, desapariciones, torturas, que no eran torturas porque iban rápido y seguro. Desaparición, cooptación, aniquilamiento de la condición humana. Si bien dijeron erigirse en respuesta a los grupos guerrilleros, a la izquierda, al marxismo, al trotskismo, que supuestamente estaba tergiversando la mente de todos los estudiantes universitarios de esa época, en realidad no fue así. Se posicionaron contra todos y todas quienes pensaban diferente.

En razón de todo esto, viví este tiempo con discontinuidades. Hubo un proceso que se cortó y con rupturas totales. Tuvimos

épocas en que teníamos que cortarnos el pelo, no venir de zapatillas, no venir de jean, no usar minifalda, no reunirnos más de tres personas (cuatro personas nos llevaban detenidos), o sea, era tal la maldad que generaba miedo, pero, de todos modos, a diferencia de lo que ellos querían, eso nos fortaleció más. A tal punto que, en esa época, un grupo de mentes y de pensamiento, al día de hoy ha logrado rescatar y sobrevivir sobre esta nube negra de inhumanidad, pensó qué podíamos hacer en el marco de todo lo que no podíamos. Así surgió la idea de la creación del Colegio de Graduados de Ciencias de la Educación, que fue un respiro y un espacio tan importante, no solo para dar lugar a recrear en ese espacio aquello que pensábamos que estaba jodido, sino también para revitalizar como ciencia nuestro campo disciplinar. Así fue que hubo personas muy importantes en ese departamento en el que nos reuníamos, tuvimos que analizar y seleccionar quién podría conducirlo en ese contexto. Realmente voy a ser sincera, en ese momento la presidenta del Colegio de Graduados, para poder existir, tenía que reunir ciertos requisitos: que no hubiese estado cesanteada, ni marginada, ni marcada. Logramos poner como Presidenta a una profesora de la casa y una Secretaria General también de la casa; hasta que se cumplió el mandato, logramos la personería jurídica y demás, y esto quiero decirlo porque es muy importante. Después, vino el momento más importante de nuestro proceso de lucha ante la necesidad de hacer que los profesores cesanteados volvieran a ocupar sus cargos docentes. Peleamos con el decano Carlos Segretti³, peleamos con el Mayor Romero⁴ con el temor de que saliéramos de ahí directamente a un centro clandestino. Y fue tanta la lucha que nos decía: “sí, vaya, vamos a hacer la incorporación modal”. Fue tanta la desesperación y la indignación, que mi amigo se levantó de la silla, le pegó un puñetazo a la pared y dijo: “¿de qué reincorporación modal usted está hablando? Aquí debe ser la reincorporación tal cual como estaban estos docentes posicionados en sus lugares de trabajo”. La mayoría eran concursados,

3 -Decano Normalizador a cargo del gobierno de la Facultad de Filosofía y Humanidades, entre enero de 1984 y marzo de 1986.

4 -El Mayor Ricardo M. Romero fue Interventor militar en la Facultad de Filosofía y Humanidades entre abril de 1976 y febrero de 1977.

había gente muy importante que había sido cesanteada en el 75. He realizado un estudio sobre todos los cesanteados. Logramos que los docentes pudieran paulatinamente ingresar a sus cátedras y obtener sus cargos, con mucha paciencia y tratando de oponernos a las irregularidades, la falta de respeto y la vergüenza ajena.

Quiero contar todo esto para los nuevos docentes, los nuevos alumnos, para los que no han pasado por esa época, quiero decir que las utopías no han desaparecido, siguen existiendo y pueden ser realizadas. Lo importante es dejar fluir nuestras cabezas, es no permitir que le pongan cepo, tratar de conservarla más que la vida porque eso es la vida: poder volver a pensar, tener la memoria que nos permite no cometer y no transitar ese mismo camino.

Y yo, para terminar, quiero tomar una frase corta de Barthes que en su libro “La lección inaugural” al referirse a sapiencia, que para él es un término no actual, viejo, pero que está resignificado en su verdadera etimología, sería: si nosotros tenemos que aprender, y esto es lo que yo rescato del aprendizaje que vivimos todos en ese proceso funesto, tenemos que aprender a pensar, a ver la realidad como es y no como nos la quieren mostrar. Generar sapiencia, sabiduría, conocimiento sobre algo que tenemos contacto directo que es la realidad. No la de los diarios, no la de los medios de comunicación sino la realidad real. Barthes decía: “nada de poder, un poco de prudente saber y el máximo posible de sabor”. Bueno eso creo que resume toda mi trayectoria en esta Facultad desde el 73 hasta el 86.

Patricia Mercado: Quisiera decirles que no es fácil estar aquí. Fui simplemente testigo de una época horrible. Viví los 7 años de la dictadura como estudiante: en mi último año de secundaria en el 76, con 17-18 años en el Manuel Belgrano hasta el final de mi cursado en Ciencias de la Educación en el 81-82, con Malvinas a mis 23 años.

Quisimos devolver el título, pero no lo hicimos. O sea, fui alumna, estudiante, aprendí mal como dice Sui Generis en su canción, pero en su canción en el 73 y buscando la fecha no coincidía, donde dice “aprendí a ser formal y cortés, cortándome el pelo una vez

por mes”⁵ en esos años terribles. Pero estuve con gente maravillosa, con compañeros y compañeras que están aquí, que no están en Córdoba como Doli, José Luis, Arturo, otros que no vi más y que forman parte de mi registro, de mis vivencias, de mi texto. A modo simplemente de situar el contexto de las marcas de época: 1976, supe de la dictadura, secuestros, torturas y asesinatos en el barrio, yo era de Juniors, una persona por cuadra presa, desaparecida, muerta, exiliada, allanada. El riojano, la Anita, una chica de la vuelta, el hermano de Quique, el hermano de Marcelo, la hermana de Sergio, esa parejita de la calle Bulnes. En la escuela: Adela Coria, Pablito Schmucler, el mellizo Kogan, Mónica D., el hermano de Silvia...⁶ Entre 21 y 24 estudiantes y egresados fueron secuestrados y desaparecidos⁷, y otros por el Monserrat y el Deán Funes. En mi familia un primo muerto, otro primo, mi primo Luis, como dice Lucía, exiliado con su familia, militantes exiliados con los amigos, con la Colo, 16 años, secuestro callejero, la chuparon, estuvieron presos, presa siendo menores, también su hermana, Mareco, la mamá de Mareco desaparecida. Pero en ese mismo contexto también hubo gente que no lo vio así, que no lo creyó, y que lo compartió y celebró, compañeros y compañeras de Ciencias, docentes, gente del barrio, de la escuela, de la Universidad, de la familia, mi familia complacientes, adherentes, amigos no.

Mi intención es hoy compartir brevemente mi relato, mi experiencia, la vivencia de ese tiempo en el hoy. Un poquito acerca de los cómo, los cuándo, los quiénes, los sujetos, los objetos, de lo documentado y lo no documentado.

Como egresada del secundario en el 76, como ingresante en Ciencias de la Educación en el 77, como ya dije, y como egresada en el 81, 82 con Malvinas; y resignificar este presente: volver a otorgarle sentido a esta pregunta para los estudiantes que gira alrededor de ¿Por qué y cómo la educación como objeto de estudio, de intervención fue tomada como tarea de represión? Mi pregunta

5 “Aprendizaje” Sui Géneris (1973).

6 Mariani, Ana (2007) “La vida por delante. La tragedia de los chicos del colegio Manuel Belgrano”. Ediciones del Boulevard. Córdoba

7 <https://mb.unc.edu.ar> “Los chicos desaparecidos del Belgrano, hoy y siempre: presentes!”

es en ciencias químicas, biología, en matemáticas, en ciencias médicas sus objetos también fueron alterados. Por qué sí en psicología, en artes, letras, filosofía, historia, ciencias de la información, arquitectura (Sí, porque la experiencia del Taller Total ya fue una experiencia subversiva).

Planteo entonces, brevemente, dos dimensiones de abordaje en esta presentación. Una que no es documento, que no está documentada pero sí que es mi vivencia, ese desde adentro situado en esta Facultad pero que se inicia en el secundario donde viví, sentí, interioricé imágenes. Esa forma que asumí pero que esa forma es contenido por aquello de que la forma es contenido. Por otro lado, y brevemente, acerca de lo documentado o sea el contenido explícito.

Respecto a esta primera dimensión que es la vivencia, yo siempre sentí frío, mucho frío en toda esa época, en todo ese transcurso. Nuestra ropa además no era abrigada, eran tapaditos y esos días nublados. Vivíamos un clima de opresión como escribe Doli⁸ que también ha participado en esta conversación. Soldados en la rampa del Belgrano y en la puerta del Pabellón Francia armados controlando el ingreso, nos hacían volver si llevábamos zapatillas, pelo corto los varones 2 cm arriba de la nuca. Los objetos con marca de época que encontraba eran esos apuntes mimeografiados (no había fotocopias) pero yo ya los veía amarillos por el peso del tiempo, la libreta que también traje donde está todo el plan de estudios y la firma de los profesores que tuvimos que descifrar en parte, pero que son muy obvios y que están reiterados también por ustedes. Y planillas que reiteradamente nos hacían completar con miles de datos, los mismos datos. Pautasso⁹ en Historia de la educación, lo tengo que decir. Silencios nuestros. Mucho silencio.

En el secundario y en la Facultad vivimos, en el cuerpo, la metáfora que Martín Kohan denomina como “el punto justo” en su no-

8 -María Dolores Urizar

9 Ángel Gabriel Pautasso, ligado a los servicios de inteligencia, era profesor de Historia de la Educación y continuó desempeñándose en ese cargo luego de 1983. Durante la dictadura fue Secretario del Decano Interventor Carmelo Felautto, andaba armado y amedrentaba a docentes y estudiantes.

vela Ciencias Morales¹⁰, que transcurre en el Colegio Nacional de Buenos Aires, en 1982. Esa mirada precisa de quien, en su lugar de autoridad y como acto de control, debía generar en los estudiantes

El punto justo para la mejor vigilancia. Una mirada alerta, perfectamente atenta hasta el menor detalle, serviría sin dudas para que ninguna incorrección, para que ninguna infracción, se le escapara. Pero esa mirada tan alerta, por estar alerta precisamente, no podría sino manifestarse, y al tornarse evidente se volvería sin remedio una forma de aviso para los alumnos. El punto justo exigía una mirada a la que nada le pasase inadvertido, pero que pudiese pasar ella misma inadvertida. (Kohan 2007, pág. 16)

Entre otras cosas, ese punto justo, lograr el punto justo, remite a tomar distancia en la fila donde se forman en secundario para entrar al curso, es un protocolo que debía sostener la regla de no tocar, no apoyarse en el hombro del compañero de adelante pero al mismo tiempo tan cerca como para no romper ese alineamiento que exigía la rigurosidad de formar, de formarse fila. En el punto justo también la forma es contenido.

En el secundario en el 76 fue el secuestro de Adela Coria, mi compañera del Belgrano, quien escribe en un texto hecho en el 2001, cuando cumplimos los 25 años de egresados:

Nos apuntaron contra la pared, mi vieja, mi viejo, yo. Metieron sus manos en poesías de amor y cantos al Che Guevara, teníamos 17 años. Y sí, algo habíamos hecho: tal vez pensar en nombre del pueblo, ¡qué magnitud! Discutir, ser delegados de curso, llenar el anfiteatro con consignas mezcladas, contra el uniforme y por la revolución o la liberación nacional, dependía. Creíamos en eso. Con error o sin error, visto desde los resultados posteriores, pero fueron actos de compromiso y creencia en alguna utopía, la de un mundo mejor. Por varios días, nuestros viejos nos buscaron al infinito, eran sus lágrimas y ruegos contra la negación impune de nuestra existencia: no está, no está, no está, no está. Si estábamos, era el Campo de la Rivera, sabíamos porque nos cubrieron los ojos cuando habíamos pasado el vado de San Vicente, SuperStar.

Y así, ojos vendados, terror, voces de otros sin rostros ni nombres, quizás después, sin memoria.

10 Kohan Martín (2007) "Ciencias Morales" Anagrama. Buenos Aires

Finalmente nos blanquearon, como se decía. Pasamos al Cabildo, quién sabe por qué, tal vez porque era demasiado a ojos vistas. O por azar. Fueron quizá contemplativos, unos golpecitos en la espalda, amedrentando verbalmente. Parecían seres humanos. Salimos. Dábamos vueltas por la plaza San Martín, buscando un teléfono para decir ¡Estamos vivos! Hasta pasados muchos años, fue vivir con la sensación de gratuidad en la vida, aprendimos de la posibilidad de la muerte no natural, muy tempranamente¹¹.

Respecto a lo documentado o al contenido explícito. A nivel de estudio y en el campo educativo, el primer año en la Facultad (1977) fue con examen de ingreso. En Ciencias de la Educación se estableció un cupo de 30 estudiantes, aprobando solo 15, completando el total con quienes rindieron para la carrera de Psicología (Escuela de la FFyH en ese momento), cerrada en Dictadura y con algunas materias comunes en el cursado de Ciencias. Todas mujeres. El Plan de estudios fue el que ya regía anteriormente, Plan 69, última cohorte para nosotros los ingresantes, elaborándose para los nuevos estudiantes del año siguiente el Plan 78, Plan de la dictadura.

Los docentes a cargo de las cátedras fueron nombrados por las autoridades militares y civiles que asumieron la gestión en la FFyH y la UNC, ya que los anteriores fueron cesanteados, muertos o desaparecidos por ser considerados con ideologías opuestas al régimen de Reorganización Nacional. Los contenidos y las clases eran sólo de escucha y silencio, mucho silencio, de apuntes a estudiar, repetir y rendir en los exámenes, con compañeros, con algunos, que sabíamos adherían al golpe o eran de los servicios. Y así hablar, compartir, debatir, preguntar, era algo que no ocurría en el aula ni en espacios alrededor. Mientras, sabíamos de estudiantes y egresados secuestrados, desaparecidos o muertos -podemos ver una nómina de Ciencias de la Educación en la escalera del Pabellón Francia-. Aprendimos, sí, en y con miedo, en una carrera que concebía la educación como poder de repetición de textos, dominación, represión y sumisión. No obstante, la propuesta académica

11 Coria Adela y Gordillo Mónica "De sueños y utopías.... los setenta en el Manuel Belgrano (recuerdos desde la "Quinta"), escrito en 2001 con motivo de los 25 años de egreso, organizado por los estudiantes de la promoción 76.

debía ser específica para la formación en ese tiempo, necesariamente adecuada al régimen, y así se elabora el Plan de estudios del 78, Plan de estudios específico de la dictadura, el que da cuenta aún más de una perversa conciencia e intencionalidad “pedagógica”. Establece un ciclo básico anual para todas las carreras de la Facultad, con cursado como “alumno promocional” sin examen, con asignaturas que eran todas Introducciones: a la Filosofía, Literatura, Historia, Psicología; además, Historia de la Educación, de la Cultura, del Arte, Antropología Filosófica, Métodos de Aprendizaje y de Investigación. Una presentación de la cultura y la historia “común” a todo ingresante. Recién los siguientes 4 años de la carrera eran de contenidos específicos del campo de la educación.

Es por esto necesario, aún a 47 años del golpe y 40 de la vuelta de la democracia, pensar, compartir, reconstruir y seguir construyendo significado, otorgar sentido y batallar en el campo pedagógico. En el presente, ¿por qué y cómo pensamos y actuamos en educación? ¿Cómo derecho humano?, ¿Cómo capital social y cultural? ¿Cómo prestigio y poder de las elites? ¿Para todos o pocos? ¿Para dominar o liberar, como decía Freire? ¿Cómo herramienta de transformación o reproducción de condiciones sociales, humanas, de pensamiento? ¿Cómo enseña una práctica educativa a no pensar? ¿De qué manera permea el contexto y pensamiento político a la cultura, religión, orden económico, la formación docente? ¿Por qué están en Ciencias de la Educación nuestros estudiantes hoy? ¿Cuántos son? ¿Cómo estudian?, ¿Resisten a estudiar o exigen más? ¿Cuál es la ética de la transmisión y apropiación de un autor/autores, textos, conceptos, hechos, acontecimientos, que allá sólo debíamos reproducir? ¿Cómo son las prácticas profesionales que colaboran a pensar con conceptos, por la transformación? ¿Cuáles? ¿Cómo desentrañar el contenido político ideológico de un posicionamiento pedagógico? A modo de ejemplo, el concepto de justicia hoy y la Corte Suprema de Justicia, ¿cómo ideologiza o desideologiza su contenido? Nos volvimos diestros (término que debemos reconfigurar) en el estudio de memoria, pero no con memoria. En memoria de esa de-formación estudiantil ocurrida en Dictadura, es necesario también reivindicar, de manera contundente, que el mismo término salva su condición cuando pasa a ser

un principio sostenido años después, y se imprime en la historia como: “memoria, verdad, justicia” -así también como en el “nunca más”- en los organismos de Derechos Humanos, Abuelas, Madres, Hijos, Conadep, Juicio por Crímenes de lesa humanidad...Y en construir memoria de la formación en educación. No podemos tomar distancia, el contenido es forma, moneda de dos caras: de forma o transforma.

No devolvimos el título.

Muchas gracias.

María del Carmen Lorenzatti: Soy profesora del seminario “La vigencia de la obra de Paulo Freire: alfabetización y concientización” y de la Cátedra Problemática educativa de jóvenes y adultos. Ingresé en el año 1980, me recibí de profesora en 1986 y hui de la Facultad. Digo hui porque fue literal, no soporté habitar este espacio. Regresé en 1992 para contarle a María Saleme mis dudas y aprendizajes realizados como alfabetizadora de adultos. Agradezco la invitación para participar en este panel, me llevó a varios recuerdos de aquella época. Considero que hay que contar otra historia de la Escuela de Ciencias de la Educación en ese período y en lo que fue el tiempo de la recuperación democrática. Me refiero a la historia de quienes cursamos el plan 78.

Hasta acá se habló del grupo que venía del plan 69 y tuvo que transitar y finalizar los estudios durante la dictadura, pero yo formo parte de los estudiantes que cursaron el plan de la dictadura, el plan 78, que como dijo Patricia Mercado, tuvo una fuerte intencionalidad de política educativa de anular la reflexión, de incorporar contenidos ligados a una lógica tecnocrática, vaciarlo. Nosotros (veo a Mónica Zidarich y a Patricia Gabbarini que hemos sido compañeras) entramos en un momento donde, todavía existía la represión, también había policías en la puerta, no se podía ingresar con zapatillas ni con barba y teníamos pocas esperanzas acerca del fin de la dictadura. Este plan presentaba un ciclo básico común a todas las carreras de la Facultad (materias cuatrimestrales) y esto nos dio la posibilidad de compartir con compañeras/os de otras carreras como Psicología, Música, Plástica, Filosofía, Historia. No recuerdo reuniones por fuera de la Facultad, los silencios

eran terribles, en clase hablaba el profesor y no había preguntas. Se rendía un examen de ingreso, en el año 1980 había un cupo para 36 personas. Era una universidad arancelada. No podíamos rendir si no acreditábamos el pago. No había espacios para reunirse, aunque existía un bar (en lo que hoy es el aula Iber Verdugo), pero no recuerdo que haya tenido mesas y sillas (sólo un mostrador).

Las reuniones comenzaron a fines del año 82, en el comienzo de los movimientos sindicales y de reconstitución de los partidos políticos camino a la democratización del país. Las primeras reuniones públicas se realizaron en el teatrino. Por eso me apena ver que se construya en ese espacio, porque era un símbolo de la recuperación democrática en nuestra Facultad.

A diferencia de los compañeros del plan 69 que venían con historias de participación política, como lo compartieron en el panel, nosotros entramos a una universidad quieta. Cuando se comienza a movilizar para la reincorporación de los profesores, participamos y creo que coincidió con los primeros pasos de reconstrucción del Centro de Estudiantes. Fui parte de ese proceso.

Pero ¿qué nos pasó? Si yo tuviera que poner una palabra a esa etapa de nuestro paso por la Escuela de Ciencias de la Educación diría que nos sentimos muy desvalorizadas por el grupo de profesoras reincorporadas, por haber estudiado con el plan 78. Hablando, años después, sobre este tema con Lucía Garay, ella reflexionaba “claramente, les negaron el pensamiento, no les permitieron pensar”. Fue realmente así, nos callaron. Fuimos estigmatizadas por haber estudiado con el plan 78, porque “no sabíamos”, “no conocíamos nueva bibliografía”. Sentía una necesidad de mostrar que sabía, que seguía estudiando, buscando nuevos textos y me decía permanentemente: “tengo que mostrar lo que sé, tengo que mostrar, tengo que mostrar...”. Pero esto lo comparto ahora, después de mucho tiempo y también lo expreso frente a mis colegas y compañeras de ese momento que lo pueden confirmar.

Podría nombrar a varias/os egresadas/os del profesorado que se fueron de la Facultad por esta razón y no volvieron. Aun cuando lo hicieron no encontraron respuestas a sus demandas de acompañamiento en direcciones de tesis. Además, hay que señalar que, por reglamento, eran tesis individuales. Por eso las estadísticas,

supongo que no deben mostrar muchos licenciados del plan 78. La mayoría de mis compañeras egresaban del profesorado y hacían la licenciatura en otras universidades o cursaban estudios de posgrado directamente.

¿Por qué me fui cuando egresé del profesorado? Porque me sentía mal, físicamente, me descomponía en el primer piso de la Escuela de Ciencias de la Educación, en el Pabellón Francia. Recuerdo cuando Marcela Sosa era Secretaria de Extensión, en los 90, su oficina estaba en el segundo piso del Pabellón Residencial, fui a llevar un proyecto para la Red Federal de Formación Docente y salí porque no podía respirar. En ese mismo lugar, en el año 81, Pautasso (Secretario Académico de la Facultad y responsable de las listas negras) que era el profesor de Historia Social de la Educación, nos había citado junto a una compañera porque en una clase habíamos referido a los Jesuitas y él sostenía que los jesuitas eran el germen de la revolución en toda América Latina. Nos dijo: “no vuelvan a hablar porque si no las echo de la Facultad”. Me había olvidado totalmente, pero cuando entré a ese espacio reedité aquel momento.

Por suerte, algunas y algunos pudimos construir otro modo de relacionarnos académicamente, pudimos pensar que otra academia era posible en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, de la mano de María Saleme. Ella nos abrió las puertas y apoyó la constitución de grupos de investigación. Entre otros, el de educación rural y educación de jóvenes adultos. Esto sucedió a partir de 1990.

Considero importante que veamos los efectos del paso por la dictadura y la recuperación democrática. Escucho que mis compañeras y compañeros del panel le hablan a las y los estudiantes, pero entiendo que es necesario un mensaje a los profesores para que en la actualidad puedan mirar a sus estudiantes, reconocer quiénes son, qué saben. Hoy, después de la clase del seminario de Freire, se arrimó una estudiante para compartir lo que sabía sobre el texto trabajado. Le pregunté ¿por qué no lo dijiste en clase?, ¿estudiaste durante la pandemia? Me respondió afirmativamente. Era muy pertinente su reflexión sobre la realidad actual en el marco conceptual freiriano y, sin embargo, no pudo expresarlo frente a

sus compañeros. Asocié este episodio con mi situación en la dictadura.

Nosotros, junto al equipo de investigación y de la cátedra, discutimos y defendemos la necesidad de articular investigación, docencia y extensión, invitando a estudiantes. Eso también aprendí con María, sumar a jóvenes estudiantes y egresados, confiar en ellos, que no sea una cuestión meramente discursiva, otorguemos la palabra. Creo que eso tiene que ser un mensaje para profesores y estudiantes, les diría que ejerzan el derecho de decir la palabra y disfruten la Universidad pública.

María Dolores Urizar¹²: Gracias Patricia por prestarme tu voz para hacer presente la mía en este encuentro donde imagino se activarán recuerdos, se atarán cabos y al mismo tiempo se reconstruirán y construirán sentidos que permitirán seguir haciendo memoria para que “ese pasado deje de pasar”.

Soy María Dolores, Doli. Empezaré diciendo que por aquellos días yo era muy chica, comencé la carrera con 16 años y venía de Los Hornillos, un pueblo muy pequeño de Traslasierra. En mi concepto, una adolescente pueblerina con gran desconocimiento y lejanía del mundo universitario, de la realidad sociopolítica del país y de las prácticas culturales ciudadinas. Digo esto porque con el tiempo (a la distancia) advertí que muchos de mis miedos e inseguridades que atravesaron mi experiencia universitaria también fueron producto de ese clima opresivo que se vivía y no sólo a aquella condición de adolescente pueblerina, que por años había sido la clave de interpretación a lo que me pasaba.

Tratando de hacer memoria encontré, más que nada, algunas sensaciones y escenas que tal vez sean los cabos sueltos que juntos describan, en parte, esa vivencia de clima de opresión.

¿Qué recuerdos nítidos me remiten a ese clima opresivo?

Lo primero es la arbitrariedad que percibo con claridad ante lo ocurrido con el ingreso: cupo y arancelamiento. El cupo establecido para Ciencias era de 30 o 35 alumnos, pero sólo ingresamos

12 María Dolores no pudo asistir al panel y envió un texto, a través de Patricia Mercado. Si bien el día del conversatorio no fue leído por una cuestión de tiempo, decidimos incorporarlo en esta versión impresa.

15, de modo que, si el argumento de la decisión de implementar los cupos era la “desmasificación”, teniendo en cuenta la capacidad de las unidades académicas y la cantidad de docentes con que se contaba, no había razón para no cubrir el cupo más que un acto de impune arbitrariedad e injusticia. Después comprendí los alcances y el impacto de la medida, esto no sólo atentaba contra uno de los bastiones históricos de la democratización de la universidad, alejando a los jóvenes “potenciales subversivos” de los claustros, sino que también formaba parte de un proyecto político, económico y social antipopular del que todavía padecemos sus consecuencias.

Otro gran impacto fue la presencia diaria y ostensible de soldados con armas largas en la puerta de ingreso a las aulas del Francia anexo, donde cursábamos. Cada vez que entrábamos debíamos mostrar la libreta de estudiante y el documento. Esa práctica se nos hizo habitual, y fue cimentando un estado de cosas donde las restricciones y la violencia simbólica pasaron a formar parte del paisaje, y frente a las cuales no había lugar a cuestionamientos.

Otro recuerdo me lleva a la sensación de gran incomodidad y resistencia que me producía el completar una y otra vez - en cada inscripción a la cursada de materias- un formulario larguísimo que contenía además de los datos típicos de identidad otros que me sonaban a requisitoria. Hoy creo que el malestar e incomodidad se debían, por un lado, a la percepción de estar siempre vigilados, bajo sospecha y por otro, al temor por las consecuencias de cometer algún error. Asociado con esto de las inscripciones al cursado, recuerdo a Iriarte de despacho de alumnos, que nos miraba con piedad y nos aliviaba relativizando algunas exigencias de innumerables papeleos o fallas en el llenado de formularios que vivíamos como insalvables. Esta experiencia además de vinculada a la vigilancia la siento unida a la intransigencia y de nuevo a estar sujeta a un sistema arbitrario e inapelable.

Otro recuerdo me remite al silenciamiento que reinaba aquellos días. Recuerdo que, mientras vivíamos como nación un estado de zozobra y tensión por el conflicto con Chile, a raíz del diferendo por el Canal de Beagle, en la universidad no se hablaba de eso, sólo escuchaba tímidos y susurrantes comentarios de algunos de mis compañeros. ¡Estuvimos al borde de una guerra y eso no fue tema-

tizado en las aulas! Como tantas otras atrocidades que sucedían... Parece que el disciplinamiento operaba...la represión y la autocensura se nos iba metiendo en el cuerpo y el alma.

En cuanto a la formación recuerdo mi sensación de no contar con herramientas para juzgarla en cuanto a lo ideológico, me preguntaba por los profesores por los que no estaban y por los que habían quedado, ¿cuáles eran las razones? Lo que sí advertía es que, en general, las propuestas no nos problematizaban y la bibliografía confirmaba esa tendencia ya que no incluía perspectivas confrontadas o diversidad de explicaciones sobre los objetos de estudio, sino que más bien nos transmitían visiones estáticas, sin genealogías del saber disciplinar y de la ciencia. Saberes muchas veces redundantes y repetitivos. En ese sentido, lo que más destaco son las sistemáticas omisiones a planteos que dialogaran con la realidad social, cultural y política para abordar el hecho educativo, los sujetos de aprendizaje y las prácticas de enseñanza. La mayor complejidad radicaba en el armado de complicados constructos tecnocráticos que supuestamente asegurarían el aprendizaje, nada más lejano y simplificador de la “buena enseñanza”. Al respecto, rescato que esos vacíos los sentí como insuficiencias para comprender y situarme en mi labor profesional, necesité de muchas lecturas, escuchas y experiencias para recién vivenciarme como sujeto de ese hacer.

Finalmente, dos cosas. Primero, en medio de lo tormentoso del tránsito por la carrera - por aquello del clima opresivo y de mi condición de adolescente pueblerina- también estaban las chiquilinas, las amistades que me arroparon, las complicidades, las preguntas y planteos de los compañeros y hasta gritos de “se va acabar, se va acabar...” que sin duda abrieron lugares habitables en mi experiencia universitaria y fueron motivos de inquietudes que marcaron entrañable y positivamente la formación y luego la profesión. Lo segundo, es que a 40 años de democracia esos significantes como arbitrariedad, injusticia, disciplinamiento, vigilancia, información tendenciosa - aunque con otros contenidos de significación- siguen azotando la vida democrática y señalando deudas. Esto, lejos de negar las luchas emprendidas y los logros alcanzados - no sólo en la restitución sino también en la amplia-

ción de derechos- nos interpela y delimita nuevos y resignificados espacios que nos comprometen a seguir luchando y a no olvidar. Nada más y nada menos. Muchas Gracias!

MOMENTO DE INTERCAMBIO

Valentín Mansilla (estudiante): Bueno, gracias de nuevo por las intervenciones. Estuve un poco emocionado, la memoria se hizo cuerpo. Tal vez no lo hemos vivido pero en esto de compartir la palabra, creo que nos hemos emocionado varies.

Apenas entré, me llamó la atención la consigna que está en el pizarrón: “como futuro docente de la disciplina de referencia ¿que consideran que podían aportar al proceso de democratización en la formación de ciudadanos democráticos?”. Esa es una pregunta importante y ustedes dejaron muy en claro que en esa época no había lugar para la pregunta. Muchos pensamos que la democracia es poder seguir preguntándose y dije, qué oportuno que eso esté escrito ahí, parece como si hubiese sido a propósito. Lo traigo a colación como un contraste contextual de que hoy pueda estar eso escrito, después de los relatos donde había cosas que no podían estar escritas y personas que ni siquiera podían estar presentes porque resultaban una amenaza. La censura de los libros, hoy tenemos becas de apuntes gratuitas y la posibilidad de imprimirlos en casa o donde sea. Se ha mencionado Pablo Freire y no es casualidad que en la Escuela de Ciencias de la Educación nos llamamos La Freire como agrupación estudiantil. Es también un reflejo de que la memoria nos llega de distintos lados, de distintas organizaciones, de distintas formas de relacionarnos entre nosotros. Hablaron de circuitos educativos clandestinos, de juntarse en secreto, de leer en secreto, de mimeografiar en secreto. Liliana habló del desafío de habitar porque tal vez no se podía llamar o sentir el habitar en ese momento. Eduardo trajo y resignificó lo que es el deber de memoria. En la primera clase que tuvimos este año con Eduardo, que fue después del 24 de marzo, él dedicó una buena parte de la clase para hablar del 24 de marzo, no específicamente del evento histórico sino en el marco de la materia. ¿Cómo podemos pensar el 24 de marzo desde las disciplinas que estamos haciendo aho-

ra? Sé que muchas cátedras trabajan el 24 de marzo y comparten la memoria institucional como parte de una militancia, de estas huellas que van dejando en nuestras prácticas y en los procesos de formación docente que hoy se ven. También pensaba en que nosotros podamos hacer Bosquecitos, es decir, nuestros encuentros y fiestas son al frente de la Casa Verde, con música hasta las 3 de la mañana. Y hoy nos corre la policía pero porque no se puede vender alcohol, no porque estamos haciendo la revolución.

Entonces, todos estos contrastes y matices me fueron sonando en relación a mi experiencia actual y espero también a la de mis compañeros. Hoy tenemos lugares de escucha y contrastarlo con las experiencias de ustedes creo que sirve para revitalizar la memoria y para preguntarnos con nuevas energías ¿Qué puedo hacer hoy, desde acá, para hacer algo distinto? Acercarse a un compañero, preguntarle cómo está, no como gesto banal sino en el sentido de habitar más, de vivir la universidad. Hay tantas formas de vivirla hoy en día que creo que es producto de esta memoria, de no ser herméticos, de no enmarcarla en un cuadrado y acercarla a las nuevas generaciones para que nos atravesase de múltiples formas.

El desafío que tenemos es ver cómo abarcar tanta complejidad, después de momentos en los que la complejidad era el enemigo. Hoy en día la complejidad es amiga y desafiante, estamos todo el tiempo estudiando sobre la complejidad, sobre los procesos, sobre las identidades, sobre los sujetos. Entonces, es como un orgullo lo que se siente de saber que hay un legado que se sostiene, con todas las críticas que uno le puede hacer a la carrera. Y qué bueno que podamos hacer críticas, que nos podamos preguntar sobre nuestra formación sin que haya represalias por ello.

Al estar en la universidad uno puede militar, y también disputar sentido a partir de la investigación, de las prácticas profesionales, de la práctica docente, la extensión. Hoy tenemos diversas secretarías y programas en nuestra Facultad, es decir, hay una institucionalización de la democracia muy grande y estamos constantemente defendiéndola. A veces lo damos por sentado, creo que este espacio es también para recordar que estamos acá porque hay un sistema institucional democrático que nos permite expresarnos. Parecen detalles, hoy yo me despierto y doy por sentado lo que

tenemos, pero uno reflexiona y dice: no, hay un grupo de personas que tuvieron que hacer algo al respecto para que eso suceda. Sus voces trajeron esas historias de lo que hubo que pasar. Eso me movilizó mucho.

Ahora, la idea es que pueda circular la palabra y se sumen otros relatos y experiencias.

Patricia Gabbarini: Quiero agradecer mucho estos días de hacer memoria. Yo ingresé en el 84. Entre ayer y hoy me movilizó mucho toda la escucha, la historia y el relato de docentes, el relato experiencial de mis maestras y mi maestro Alfredo, pudimos disfrutar de ellos como alumnas. Yo empecé en el 84, con el plan 78 durante dos años, y luego me cambié al plan 86, gracias a la lucha de todos ustedes también. Al escucharlos hoy reviví todo lo que viví como alumna porque en el 84 no habían cambiado las cosas. Fui alumna de Pautasso. Estuvimos en esa Escuela con días sombríos pero, a la vez, con la utopía de la democracia y de estar peleando por un espacio nuevo.

Cuando habló Valentín, me hizo acordar que yo perdí un año en el 87 por los justos reclamos salariales de los docentes en plena hiperinflación (1987 y 1988), según recuerdo. La Facultad estuvo cerrada. Yo perdí un año y todos perdimos un año. Había paro y no existía la universidad, estaba todo cerrado, Venías a pedir apuntes y no existían, porque los últimos originales se los había llevado alguien, el Centro de Estudiantes tuvo que cerrar y no teníamos dónde comprarlos, obviamente no estaba internet, solo contábamos con fotocopias del Centro de Estudiantes, tampoco había becas. Toda esa organización y esa institucionalización del funcionamiento de una universidad para los estudiantes y para los docentes, fue gracias a todos, a todes. Muchas gracias. Me cambié de plan y tuve que hacer muchísimas materias, tengo más de 46 materias cursadas porque varias no me reconocieron, pero bueno, lo viví con mucho placer. También viví esto que decían las compañeras de Ciencias de la Educación de esperar que vinieran los profes cesanteados y volver a cursar materias como Didáctica y Teoría del Aprendizaje.

Lucas Magallanes (estudiante): A mí personalmente me pasó que al escucharlos pude ir uniendo la materialidad de las cosas con lo que a uno le pasa. Particularmente, cuando Liliana hablaba del bosque de Casa Verde, sentí que hay una diferencia entre lo que uno cree sobre las cosas y cuando realmente aprende. Esta Facultad para mí, esta universidad, representa años muy felices. Tengo muchos recuerdos acá que son de los más felices de mi vida hasta ahora. En ese sentido, escuchando a Lili, ¡qué increíble esta diferencia de experiencias! Para mí el bosque de Casa Verde es como decir un punto de encuentro, donde hemos hecho muchas fiestas y nos hemos encontrado. Yo participé en ese momento del Consejo de la Escuela y ahora estoy en el Consejo Directivo. Recuerdo que, cuando no era parte de La Freire, dos chicos de La Freire se me acercaron allí, al frente de Casa Verde, y me preguntaron: “¿Sabés qué es el Consejo de la Escuela? ¿Te gustaría participar? Ahí nació toda una experiencia muy importante para mí. Bueno, toda esa significación que surge de naturalizar esos espacios, vuelve de otros modos con las trayectorias de ustedes. Y en ese sentido, como militante y persona que quiere mucho esta Facultad, me dio curiosidad cuando mencionaste que el Centro de Estudiantes estaba en el sótano del pabellón Francia. ¿Puede ser?

Liliana Abrate: Sí, en el 75 todavía estaba pero sufría el acoso de la represión. Antes del 76 en la Facultad funcionaba el Centro de Estudiantes pero en el 75 ya estaban la Triple A, la gestión de Ivanissevich. Entonces, había mucha represión, por eso los profesores empezaron a ser cesanteados en el 75, antes del golpe militar. Antes del 76 ya estaban los efectos de la represión. El Centro de Estudiantes ya estaba minimizado, perseguido y demás, y estaba en un pasillito no me acuerdo bien dónde era, en el Francia, en una parte oscura.

Silvia Alvarez: Además, el Centro de Estudiantes fue el espacio que dio lugar a muchos estudiantes que fueron separados de la universidad. Por ejemplo, en el 76, cuando se hace cargo el Mayor Romero, nos reunió a todos, profesores y alumnos, en el Residen-

cial y decían: “un paso a la izquierda los que voy a nombrar” y primero empezaba con los profesores...

Eduardo Sota: Después del golpe no se inician las clases inmediatamente, en junio o julio fuimos convocados por primera vez al pabellón Residencial donde ocupamos los asientos en planta baja y arriba estaban todos los militares. En el escenario, el Mayor Romero hablando como a un regimiento, arengando como si fuéramos a ir a la guerra, y el señor Pautasso (esto es algo muy simbólico y muy carnal) que era el Secretario Académico (una persona que honestamente poco recuerdo y me pone mal, esto de la memoria corpórea) era un hombre peligrosísimo, que hacía listas y decía: ¡venga! y leía la lista de los expulsados. Nosotros veníamos y teníamos información extraoficial y sabíamos que muchos de esos presuntos expulsados iban a estar desaparecidos o todos muertos, otros expulsados o exiliados.

Silvia Alvarez: Esa fue una forma y hubo otra que fue convocarnos fuera del Pabellón y Romero decía: “tal a la izquierda, tal da un paso a la izquierda” y nombraba, los profesores por un lado y los estudiantes por el otro. Cuando nombró a los estudiantes, me dicen a mí: “a la izquierda”. Así, yo estuve fuera, expulsada de la universidad y no podía cursar. Entonces, empecé a rendir libre y para rendir libre tenía que pedir permiso porque no me dejaban si no, no era inscribirte y ya, había que pedir permiso para rendir libre. Tenías que elevar una nota al Decano y ¿quien contestaba la nota? Pautasso. Una vez, teníamos restringida la posibilidad de usar bibliografía, por lo tanto, yo no tenía de dónde sacar la bibliografía de ellos, de la otra si tenía pero ni siquiera la tocaba, no vaya a ser que se enteraran que había consultado esas fuentes. Una vez, yendo a la biblioteca que estaba en el primer piso del Residencial, yo voy subiendo y viene bajando Pautasso (yo nunca lo ví, nunca lo tuve como profesor, nunca, por suerte), se abrió el saco, me muestra la pistola y me dice: “señorita Álvarez la estoy controlando”, como diciéndome “cuidado que ésta va a funcionar”.

Otra experiencia que tuvimos con Pautasso fue, reanudada la democracia, con el flaco Sota tomamos el colectivo en la calle Valparaíso y cuando subimos ¿quién estaba sentado solito? Pautasso.

Ya estábamos en democracia, pero no era garantía de nada porque los servicios seguían intactos y de hecho lo tuvimos a él un tiempo largo en el edificio controlando nuestras entradas y salidas. Mi amigo empezó a decirles a todos los que estaban en el ómnibus: “Señores, este es el autor de muertos, desaparecidos...”. Yo tenía terror y se sentó al lado y siguió increpándolo, él ni una palabra, ni se inmutó.

Liliiana Abrate: Cuando se aprobó el ingreso de la mujer al Monserrat, en los 90, la esposa de Pautasso escribía las editoriales en *La Voz del Interior*¹³ oponiéndose al ingreso de la mujer y diciendo que se iba a perder la calidad de la escuela si ingresaban las mujeres al Monserrat. Ella era pedagoga, egresada de esa Escuela, Marta Sieber se llamaba. Estaba en la cátedra de Educación Comparada, a cargo del Profesor Muñoz, como Jefa de Trabajos Prácticos.

Silvia Avila: Yo lo que quería decir o agregar nada más a todo lo que están comentando, es en relación a los desaparecidos de Manuel Belgrano. Pautasso fue justamente quien de puño y letra puso en la lista a mi hermano después de una asamblea, y eso se ventiló en el juicio que Rigatuso le hizo a Sonia Torres, en el que mi padre fue testigo y eso quedó todo dilucidado hasta cada momento de lo que había sido la construcción de esas listas.

Alicia Acín: Es importante decir que la Facultad le hizo juicio académico a Pautasso, fue en un acto reparador, con mucha participación estudiantil.

Eduardo Sota: Por ahí, como errores o productos no deseados en la dictadura, en el 78 yo estaba en Ciencias pero como un exacerbado masoquista me anoté en Filosofía, luego me cambio de plan en el 79 ¿no? Por ejemplo, ese ciclo básico común, del que muy bien habló Marieta, fue un semillero de militantes que antes de terminar la democracia empezamos a militar juntos. Empezamos a admitir las diferencias de trayectoria de vida, de expectativas, se empezó a romper esa competencia del 76-77, y se empezó a con-

¹³ Diario local de mayor tirada en la época.

formar una socialización más rica y variada, que después derivó en militancia en el 82 y 83. El peronismo y la izquierda se unen.

Silvia Alvarez: Esa profesora de la que hablaste, Patricia, que pronunciaba mal las palabras, yo la tuve en Práctica de la Enseñanza y es algo que todavía no lo puedo creer. Antes de ir a los colegios a enseñar, nos daba una charla y nos decía: “ustedes tienen que vestirse bien, y esta es la teoría del buen maestro, si van con un trajecito gris tienen que ponerse una chalina de color rosa, ustedes tienen que impactar al alumno con los colores vivos. Si les gustan los colores negros, tienen que cruzarlos con colores rojos, verdes, amarillos”. Esa era la teoría de la buena práctica y si a eso le sumamos, por ejemplo, que en la época de la dictadura, antes del 81, íbamos a hacer la práctica y teníamos que entregar un plan de clase con la bibliografía que íbamos a desarrollar escrita como una semana antes. Entonces el profesor de la asignatura en donde nos tocaba hacer la práctica, tachaba y decía: “esto no, esto no”, y decía: “deben mencionar la encíclica papal número tanto, vayan a la biblia y rescaten el versículo tanto” y teníamos que incorporar eso. Nosotros no teníamos la posibilidad de ser docente y hacer decente la docencia.

Guadalupe Molina: ¿Cómo fue la vuelta de los profesores cesanteados? ¿Cómo lograron esa vuelta?

Silvia Álvarez: Fue muy dispar, muy diferente según cada caso. Fue paulatina, no entraron directamente a ser profesores adjuntos por concurso en la cátedra en la que estaban. Fue lucha, por los mismos profesores reunidos, los docentes y estudiantes que presentaron nota, el Colegio de Graduados que continuamente estaba luchando contra eso, fueron paulatinamente recuperando sus cátedras. No significó la reincorporación que vayan a la asignatura que dictaban, a lo mejor dictaban Pedagogía y lo mandaban a Historia de la Educación. Es decir, fue algo totalmente asincrónico.

Eduardo Sota: Y en todos los casos fue distinto. La particularidad, salvo que alguien me corrija, y el orgullo que tenemos en la

Escuela de Ciencias de la Educación por el Colegio que creamos, es que gracias al Colegio fuimos una de las primeras Escuelas en reincorporar en términos significativos a sus docentes. Después la Escuela de Filosofía también, pero fue asimétrico y gradual.

çTomás Altamiranda (estudiante): Tenía dos preguntas. Una va de la mano con lo que dijo la compañera. Además de los profesores cesanteados que volvieron con la democracia, pueden comentar qué pasó con los docentes de la dictadura, si fueron enjuiciados o quienes quedaron o si algunos siguieron o si se jubilaron acá. Por otro lado, algo que me hizo ruido, que no había escuchado nunca, eso de “no devolvimos el título” (en alusión a lo que expresó Patricia Mercado). Si pudieran explicar un poco más sobre esa frase.

Josefina Chialvo (estudiante): Mi pregunta también era en relación a lo que dijo Tomás, en relación al Colegio de Graduados de Ciencias de la Educación, sobre lo que poco charlamos y poco conozco realmente, y ya estoy terminando la carrera, digo, por lo que querría poder ampliar sobre eso. Recién salimos de clase de práctica docente y residencia, y se había puesto un juego la pregunta acerca de por qué queremos ser docentes a partir de la bibliografía escolar. Y ahora quiero cambiar lo que estuve escribiendo después de escucharles, pero además también me pregunto: ¿Cómo quiero y puedo ser estudiante de Ciencias de la Educación? Cuando hablaban de habitar los espacios, y pienso en la cantidad de carteles que colgamos en las paredes de Casa Verde, en el derecho a saber, el derecho a conocer, a la pregunta. Y también pensaba en mi experiencia dentro del aula en una de las materias de primer año, cuando escribí una pequeña crítica en un parcial y la respuesta del docente fue: bueno lo charlemos. Y más allá de eso también fue participar en la cátedra y lo modificamos. Cómo estaba habilitado el reconocimiento al estudiante como portador de un saber que es valioso que se incorpore al aula. Y vuelvo a la pregunta de ¿por qué quiero ser docente? y también sobre lo que está escrito en el pizarrón. Y la verdad que me voy más completa ahora, por eso también agradezco. Acá encontré muchas respuestas de porqué quiero ser docente, y hay alguna certeza en mi ser estudiante de

cómo voy construyendo mi ser estudiante. Sí, creo que somos portadores de esta historia y de estas experiencias, de quienes fueron estudiantes antes y ahora son nuestros docentes, que nos invitan a esta actividad y nos hacen parte. Ahora uno puede resignificar ¿por qué cuelgo carteles en las paredes?, ¿por qué hay que defender las becas de apuntes?, ¿por qué es tan importante el acto de que un docente preste un libro a un estudiante? Mis compañeros presentaron un informe final y me contaron que los docentes les habían prestado un montón de libros para ampliar el informe. Y bueno, uno tiene que poder resignificar eso, el acto de prestar un libro para hacerlo tuyo y escribir algo nuevo, algo que estaba imposibilitado en esa época de la dictadura. En este momento estoy movilizada por la docencia pero, digo, también la investigación, la importancia del CIFYH y que los estudiantes lo habitemos; la importancia de los ayudantes alumnos, que lo habitemos y lo resignifiquemos. No somos quien toma lista en la cátedra, tiene que haber una construcción, que ser docente es también cómo querés ser estudiante.

Alicia Acín: Ingresé también en el 75' conjuntamente con Carlos, con Eduardo. Con Carlos fuimos compañeros de estudio de prácticamente en todas las materias y estuve punteando algunas cosas que me parecía importante traer. La desaparición y muerte fue el costado más trágico pero también hubo muchas pérdidas y dolores, fue el encarcelamiento de 200 estudiantes, el secuestro de una compañera, que lamento no haber traído la foto (estuve a punto de hacerlo y no me animé) porque además era una compañera de mi ciudad natal, San Francisco, vivíamos juntas en la misma pensión y yo estaba la noche en que la secuestraron. Me salvé por casualidad pero así fue. Expulsión de estudiantes, exilio externo tanto de docentes como de estudiantes y exilio interno de muchos otros. Clausura de espacios físicos y simbólicos, claramente, en lo físico la Facultad no era lo que es hoy y simbólicamente mucho menos. Clausura de la posibilidad de aprender y de tener experiencias formativas ricas. Esto que decía Jose, ser una ayudante alumna no te reduce a tomar lista y las ayudantías alumno no existían, yo hice mi primera adscripción en la Escuela de Trabajo Social en el año 84.

Recuerdo claramente cuando me egresé y le manifesté a la directora de la Escuela: - “bueno, a mi me gustaría mantenerme vinculada de alguna manera”. Y me respondió, - “no, no, no, vaya, haga su experiencia afuera y cuando haya adquirido experiencia vuelva”. Entonces, la vivencia permanente fue de expulsión. Yo siempre lo contrastaba como docente después, el tratar de incluir y de hacer lugar, de alojar, bueno no, eso no estaba. Y comparto también con Marieta que cuando egresé en el 81, yo vivo a 12 cuadras de acá, cruzaba la Ciudad Universitaria en ómnibus pero no me volví a bajar. No puse un pie en Ciudad Universitaria hasta el año 86 que volví como docente. Que por suerte ingrese a Metodología, Observación y Práctica de la Enseñanza (MOPE) y fue para mí, siempre lo digo, como volver a cursar la carrera. Porque, coincidiendo con Liliana esto de separar, del estudio en paralelo, era permanente: esto lo estudio para el examen y esto que me interesa, aparte.

Y respondiendo a esto que Tomás preguntaba de los docentes, yo quiero decir personalmente que por suerte hubo muchos docentes valiosos. Creo que no podemos catalogar a todos los docentes que trabajaron en esa época como adherentes al régimen. Era su fuente de trabajo y no estaban involucrados políticamente como otros, y hubo muchos de esos docentes con quienes cuando yo cursaba algunas materias viví algo de aire fresco, de poder expresarme, de poder decir y de no tenerle miedo al docente. Ese señor Pautasso lo que hacía era inspirar temor, yo creo que hasta gozaba en los exámenes fundamentalmente. Recuerdo que cuando yo rendía me decía, porque si algo me caracterizaba era la cabeza en alto, desafiante y, me decía “¿usted siempre es así?”. - Sí, siempre soy así.

Agustín Minatti: Por una cuestión ingrata en relación a los límites de tiempos que debemos respetar, quizá podemos hacer referencia a la pregunta que quedó sobre el Colegio de Graduados.

Silvia Álvarez: Con respecto al Colegio de Graduados, el Colegio se crea en plena etapa de dictadura, o sea que nosotros para poder organizar el Colegio nos reuníamos, pero como no se podía reunir más de 3 personas, nos íbamos a Mendiolaza, al río, a un arroyo

que ya hoy tiene poca agua, llevábamos el mate y hacíamos como si fuéramos un picnic, pero hablábamos. No nos íbamos todos juntos, llegaba uno primero, otros después, una parejita después... Y así fuimos generando ideas, intercambiando ideas, viendo posibilidades, analizando realidades. Incluso nos reuníamos en un sótano y entrábamos de a uno, y no teníamos que hablar fuerte por temor a que pasara algún militar y nos mataba directamente.

Liliana Abrate: Tengo recuerdos del Taller Cortázar. Nos reunimos y era conmovedor porque además nos involucramos en algunas actividades del taller. ¿Saben lo que fue? El Taller Cortázar fue un grupo de profesionales de Córdoba de distintas disciplinas -médicos, psicólogos, trabajadores sociales, educadores- que comenzaron a trabajar con los niños hijos de desaparecidos para acompañar esas infancias, ofrecerles alternativas formativas. Fue un trabajo impresionante. Hay mucha documentación sobre el Taller Cortázar. La profesora Leticia Piotti, egresada de acá, hizo una tesis sobre esa experiencia, que funcionaba muy clandestinamente en la calle Rioja. Había que entrar en un pasillo al fondo y ahí empezamos a reunirnos, unas cuantas veces nos reunimos ahí. Era el colegio de Consejo de Ingenieros, algo así. Ahí ya empezamos a reunirnos de manera más sistemática y armar toda la parte administrativa, empezamos a aprender nosotros, a averiguar y aprender qué era un colegio de profesionales. Había una preocupación muy grande en ese tiempo de nosotros como egresados porque no teníamos dónde trabajar. Es decir, la inserción laboral era muy escasa. Nosotros nos recibimos de profesores y licenciados en Ciencias de la Educación y aparentemente la única posibilidad laboral que teníamos era dar clases en los institutos de formación docente, que en ese momento eran tres nada más. La carrera era de dos años y medio, por lo tanto, teníamos muy pocos, y había gente que tenía muchos años y no se jubilaba nunca y no dejaba los cargos vacantes. Entonces, no teníamos inserción laboral y no queríamos desistir de todas las ideas y proyecciones que teníamos para con otros ámbitos que veíamos posibles, que era la investigación u otras formas de intervención pedagógica. Entonces la idea

del Colegio fue también una forma de ir abriendo camino, abriendo espacios para la inserción laboral.

Silvia Alvarez: Les voy a decir por qué no continuó el Colegio de Graduados. Tengan en cuenta que se generó y empezó a trabajar en plena dictadura, todavía no teníamos apertura democrática. Cuando llega el 83, todos felices porque vamos a poder hacer lo que no podíamos en esa otra época y necesitábamos para poder mantener el Colegio, pagar una cuota social de cada profesional que fuera socio del Colegio. Como era tan difícil que el socio viniera al Colegio a pagar la cuota, buscamos a través de una profesora de la casa, de acá de Ciencias, un cobrador. Resulta que ella nos trajo el esposo de una compañera de trabajo de la escuela donde ella trabajaba como docente. Este señor, voy a decir el apellido: Romo, era de los servicios. Y tuvimos problemas inmensos, yo personalmente, con mi familia me tuve que ir a vivir a Río Segundo porque me llamaron a las 12 de la noche el día anterior al cumpleaños del primer año de mis hijos diciéndome: “cuidalos porque te los vamos a hacer...”. Es decir, ese personaje Romo estaba conociendo los domicilios de todos, iba a cobrar a la casa. Lo descubrimos porque en una manifestación, no sé si fue en el teatro San Martín, sacaba fotos y lo encontramos sacando fotos a las pancartas, a la gente que estaba ahí nosotros, que estábamos ahí. En el 84 fue el cumpleaños de mis hijos que fue cuando yo me tuve que ir de Córdoba. Él estaba desde el 82, dos años estuvo conociendo todo. Todo eso hizo que los asociados de hecho no quisieran estar más como socios, se imaginan una persona tan nefasta que incluso es apropiador de hijos (sus hijos son hijos de desaparecidos), por lo tanto, el Colegio de Graduados se cerró lamentablemente por esa situación.

Con relación al Colegio de Graduados, hay que rescatar que fue también una posibilidad de recrear aquel conocimiento perdido, supuestamente perdido que no estaba, actualizarlo, ponerlo en acto; y para eso buscábamos profesionales que estaban en esa época, en la época de la represión que habían sido cesanteados y que eran figuras reconocidas como Edith Litwin que vino a dar charlas al Colegio, Alfredo Furlán, Lucía Garay y se generaron des-

de el único lugar que se podían generar, porque en otro lado no había posibilidad.

Patricia Gabbarini: Los estudiantes del plan 78 íbamos a hacer esos cursos del Colegio.

Carlos Hurtado: Estaba pensando que la mayoría de los interrogantes o de los aportes giran en torno a la función docente. Me parece que también deberíamos preguntarnos, por cómo aparecen otros modos de educación y de participación social y política. Me sorprende que no escuchamos en ningún momento hablar de Educación Popular. En el caso de los compañeros y compañeras de La Freire, digo que si hay una recuperación de Freire desde hace un tiempo a esta parte, ha sido casualmente porque se lo han apropiado los movimientos sociales y políticos. Hoy el lema de la Universidad de las Madres es un lema basado en un concepto freireano. Cuando nosotros hablamos de los bachilleratos populares en Buenos Aires, estamos hablando con objetivos propiamente de la filosofía y el pensamiento de Freire; cuando hablamos del Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, ellos caminan junto con Freire, y eso es lo que dicen ellos mismos. Y si nos vamos al Frente Zapatista en México, ellos también unen a Freire con la historia de los Mayas. Entonces digo, cuando todo esto está ocurriendo tenemos que también ponernos firmes en plantear que hay otras opciones que se están construyendo en este momento. Y que casualmente son esas cuestiones las que llevaron a que Freire se replantee el concepto de concientización, porque lo que le discutíamos desde la izquierda era que la concientización sin organización no sirve. Y resulta que entonces los movimientos populares se apropiaron de esto, y estamos generando un nuevo proceso educativo revolucionario con tomas de tierras, etc, etc. A mí me parece interesante, por ahí no es casualidad, que uno se haya ido encontrando con este tipo de cosas, y es muy interesante. Hoy buena parte de la resistencia pasa por estos movimientos, entonces me parece que sería bueno también poder discutir sobre estas cosas, plantear, estudiar esas experiencias de cómo, por qué en Buenos Aires hay bachilleratos populares y en Córdoba no, por qué no hay en el res-

to del país, por qué no se transformaron esos bachilleratos para el pobrerío, para los marginales ¿no es cierto? o para los trabajadores cuando tomaron las fábricas, cuando fueron apropiadas por los trabajadores y junto a ellos se fundaron las escuelas para autoeducarse. Entonces, digo, todo ese tipo de cosas están ocurriendo y es muy interesante, con un millón de errores, de dificultades, de éxitos y fracasos pero es un movimiento muy importante y no podemos dejarlo de lado.

Guadalupe Molina: Con esas inquietudes podríamos hacer otro panel, Carlos. Pero por una cuestión de tiempos debemos cerrar la conversación que, por cierto, ha sido muy interesante y enriquecedora. Tenemos un último pedido. ¿Nos sacamos una foto? Todos los que están ahí, que son nuevas y viejas generaciones ¿puede ser?

Agustín Minatti: Pedimos disculpas por cortar la conversación y les agradecemos muchísimo a los invitados y las invitadas.



*Puentes entre generaciones en la
Escuela de Ciencias de la Educación*

